

DON LEON FERNÁNDEZ

Ni siquiera a pinceladas anchas hemos podido determinar su índole y su carácter. Abandonamos la tarea, pues sería difícil hacer por ahora apreciaciones relativas a su conducta de hombre público y político. Decir que el señor Fernández fue de los pocos hombres que no tienen empacho para expresar su sentir y su pensamiento con toda la nitidez posible cuando se trata de asuntos de estado, fuera decir bien poco; y la premura del tiempo no nos permite decir más. Ya manifestamos que tenía una franqueza terrible, casi brutal; y ésta no se quebrantó jamás ni para halagar a sus amigos ni para lisonjear a los que se encontraban en posición más ventajosa que la suya. Era un hombre imposible: lo que le parecía absurdo o disparatado, así lo llamaba, sin consideración ninguna ni siquiera a sus propios intereses. No lo arredraron, no lo domoñaron las persecuciones, ni el calabozo, ni los grillos, ni el confinamiento, ni el destierro. Hombre de tal temple, y al parecer de enconos extremados, tenía sin embargo la virtud más humana. Olvidaba fácilmente los agravios y no rehusaba tender su mano al enemigo, cuando lo creía ya digno de ella por la vuelta lo que él consideraba como buen camino.

Nos habíamos propuesto no recordar en estas notas al nunca bien sentido doctor Figueroa. Tenemos que hacerlo porque sería injusto no copiar aquí un ruego que recomienda mucho la humanidad de Fernández. —“Siento, dijo, al Dr. Figueroa, no como los miembros de su familia, porque esto fuera mentir, pero sí como el más excelente de sus amigos. No lo expreso para que se sepa públicamente, porque sé que mi aserción no alcanzaría crédito”. Personas muy honorables podrían dar fe de lo que hemos consignado.

El talento del señor Fernández está fuera de disputa. Cuando las voluntades adversas lo llamaban peligroso lo llamaban también hombre de alta inteligencia. Su cultura no estaba por debajo de su cerebro abundante. Difícilmente encontraríamos entre nosotros una opinión contraria. Su laboriosidad era insigne: infatigable en el estudio y tenaz en la producción.

Utilizó los años maduros de su vida en recoger datos sobre la historia de su patria. Consta que tenía ya preparados todos los elementos para formar su libro. Nos legó cuatro volúmenes de documentos muy interesantes sobre ese asunto, de los cuales corresponde el IV en especial a los límites entre Costa Rica y Colombia. Este fue publicado en París el año anterior. Hasta ahora sólo el activo e inteligente don Manuel Ma. Peralta puede compararse con él la gloria de haber hecho a Costa Rica un beneficio tan grande, mediante sus trabajos de la misma índole.

Desempeñó puestos importantes en la república: en dos ocasiones fue ministro de estado. Se hizo famoso entre sus subalternos por el rigor de la disciplina a que los sometía. Pidió siempre al servidor de la nación el equivalente en trabajo del sueldo que ganaba, según las condiciones de su puesto.

Fue diplomático en dos ocasiones ante varias cortes europeas. La muerte ha venido a sorprenderlo cuando estaba encargado con especialidad, de gestionar ante la corona española el arreglo definitivo de nuestra disputa limítrofe con Colombia.

Dados sus estudios sobre la materia y la entereza de su patriotismo, esperábase con fundamento el éxito más favorable en nuestra causa.